

ella las noches. Recitó el soneto del alcalde de Brilla, y su contestación. Remedó la pronunciación liguriense de sus discípulas cuando recitaban sus lecciones. Dijo después la astucia de que se valía en los pueblos para desmentir los rumores calumniosos; apenas sabía que se la acusaba de hacerse cortejar por alguno, poníase de pronto á decirlo ella también con ostentación, y había observado que en seguida cesaba la calumnia, para convertirse en acusación de vanidad ó de mentira después, cosas ambas que podía destruir cuando quisiera.

Desde la ventanilla del vagón, aún dijo á sus amigos, que estaban conmovidos, riéndose y con lágrimas en los ojos:

—Mírenme bien: ¿comprenden ustedes? Porque á mi regreso de América ya no me reconocerán. Estaré mucho más negra, hablaré castellano y tendré una criada india. ¡Oh! Ya verán ustedes cómo hago fortuna. Me casaré allí con un gran propietario; fundaré una escuela modelo para los «gauchos». «Buenas noches», señores, «buenas noches» (1)

(1) Estas últimas palabras están así, en castellano, en el original.

CAMINA

EL PRIMER CHOQUE

Emilio Ratti partió para Camina, animado con aquella nueva confianza en sí mismo que casi siempre nos acompaña cuando vamos á establecernos entre gentes que no conocen nuestras debilidades y nuestros errores, entre las cuales nos parece que podemos con facilidad—comenzando una vida casi nueva—no ya solamente aparentar, sino ser realmente lo que deseamos ser. Viajando en coche por un camino vecinal que la lluvia reciente había lavado y al que daba sombra una hilera de álamos, bajo un cielo fresco y rojizo de una tarde de Septiembre, repetíase Emilio sus propósitos, contándolos por los dedos; vivir solitario, más aún que en los años anteriores; ceder, hasta donde fuera humanamente posible, á las autoridades para evitar todo choque y toda contrariedad; en el tiempo que la escuela le dejaría libre, sin duda, proseguir con ardor sus estudios para alcanzar una plaza en Turín. En lo relativo á la escuela, aquellos dos meses de vida tranquila de familia que había pasado con su hermana en casa de los señores Goli, y la melancolía dulce y profunda que le inspiraba el recuerdo de su buena amiga, ya para él perdida, habíanle hecho variar de idea. Ratti habíase decidido á tornar con sus alumnos á la bondad indulgente y libre que había abandonado, y á buscar en el sentimiento religioso, que nunca se había extinguido en él por

completo, la fuerza necesaria para llevar esa bondad hasta sus últimos límites. Todo esto, bajo aquel cielo azulado, en el nuevo fervor de principiante que sentía dentro de sí, parecíale fácil y casi como impuesto por una fuerza superior á su voluntad. Y más allá de todo esto, brillaba siempre la idea vaga de hallar en el pueblo desconocido, primeramente, la amistad; y después, la pasión que llenaría su existencia.

Como llegase al pueblo muy entrada la noche, demasiado tarde para presentarse á las autoridades, se apeó en la posada de «El sombrero gris» y se hizo servir un poco de cena, solo, en una espaciosa habitación del piso bajo, desde cuyas paredes opuestas se miraban los consabidos retratos espantados de Soberanos que tienen todos trazas de estarse anunciando alternativamente la ruina de la monarquía. En la puerta de la cocina, desde donde llegaban á su oído las voces de varios jugadores de naipes que disputaban, mostrábase de cuando en cuando el semblante curioso de algún parroquiano que entraba ó salía, ó se asomaban la criada ó los hijos del posadero, los cuales debían de sospechar que él era el maestro nuevo; Emilio oía, sin comprenderlos, los comentarios vivos que poco después hacían acerca de su persona. Mientras aguzaba el oído para coger algunas palabras, entró con lentitud en el cuarto, mirándole fijamente y llevándose apenas la mano al sombrero, un hombre de unos cuarenta años, mal trajeado, con los ojos extraños y la cabellera y la barba en completo desorden; éste, sin quitarse de la boca la pipa de yeso, se aproximó á Emilio y le preguntó si era el nuevo maestro. Oyendo la contestación afirmativa de Emilio Ratti, el recién llegado se presentó á sí mismo:

—José Reale, maestro de 1.^a

Y tendiendo la mano á Emilio se sentó sin cumplimiento. Después tornó á mirarle fijamente, sonriéndose con cierta vaguedad y sin decir una palabra. Ratti lo tomó al principio por un hombre entre medio enfermo y medio loco. Pero su olfato le reveló luego que era otra cosa; también echó de ver el esfuerzo intelectual que su compañero necesitaba hacer para expresarse, si bien la palabra salía siempre adecuada

á lo que él quería manifestar. La primera salida fué, por de pronto, brutalmente familiar.

—Conque ¿también usted ha caído en la ridícula idea de hacerse maestro? ¿Cuántos años hace que lo es usted? ¡Seis años! Entonces ya ha tenido usted tiempo de ver qué pan se come. Por consiguiente, no hay para qué hablar de eso.

El estaba dando vueltas á la rueda hacia ya diez y seis años, y comía aquel pan, arrepentido desde el principio y llorando amargamente no haber elegido la profesión de cantante, porque tenía una buena voz de barítono, y estudiando habría llegado á ser una segunda parte en el teatro; y si la de cantante no, podía haber tomado la profesión de calígrafo, como le aconsejaban todos, porque él había nacido para aquel arte; de modo que en Turín, en diez y seis años, habría hecho él una escuela privada «magnífica» y ganado mucho dinero siguiendo trabajos de encargo; trabajos, dijo con mucha dificultad, cro-mo-calí-grá-ficos, de los cuales había ya enviado algunos ensayos á las Exposiciones. En este punto se quitó la pipa de la boca para dar salida á un suspiro. En vez de eso, su padre, que era ebanista, habíase obstinado en alistarle entre los «educadores del pueblo», ¡y había hecho muy bonita carrera! Seis años llevaba pudriéndose en Camina, cobrando aquella paga miserable y sin esperanza alguna en el mundo, y hasta aborreciendo también los estudios, que no llevan á ninguna parte; después de un momento de reflexión, como si reuniese palabras diseminadas por los desvanes de su memoria, dijo:

—En los pueblos pequeños «falta el oxígeno á los órganos respiratorios de la inteligencia».

Y la expresión de estupor que pasó por los ojos de Emilio al oír esto, pareció que le regocijaba. Luego, después de haberlo mirado nuevamente con mucha fijez, como si el aspecto de hombre de bien del joven le diese la seguridad de que no serían vendidas sus confidencias, siguió diciendo muy quedo:

—Ha caído usted en muy mal agujero. ¿Usted me comprende? Como si se dijese, en un campo enemigo; es un Municipio adversario declarado de la instrucción del pueblo. No es mala gente; he conocido otras bas-

tante peores; pero odian por temperamento la escuela. Además... aún en lo que concierne á la honradez... dejémoslo... Habría algo que hablar.

El Municipio prometía, hacía ya siete años, dar habitación á los maestros, y todavía no les habían dado ni siquiera un sótano; había consignado, en diferentes ocasiones, cantidades para el mejoramiento del material de enseñanza, y él, por su parte, no había advertido que le cambiasen más que la escoba.

Demás de esto, dos años antes se había dado orden, muy atinada, para transformar los locales de las escuelas, que se hallaban en lastimoso estado, y además esparcidas en los cuatro extremos del pueblo; hasta se habían dado por esto alabanzas á las autoridades académicas, y después habían destinado los fondos, con miras ambiciosas, á construir en la plaza una letrina pública, como en las grandes poblaciones, una especie de templete ridículo que apestaba el pueblo. Ni una sola idea de verdadero progreso, en fin.

Nadie había querido poner en ejecución un proyecto que él, durante años enteros, se había fatigado en sostener, una idea nueva y verdaderamente útil, de una exposición caligráfica en el pueblo, á la cual concurrirían todas las escuelas del distrito, y que daría resultados incalculables, si estableciesen... «¡premios serios!»

Al llegar aquí, eructó, y en seguida la emprendió con el carácter de los habitantes: tacaños, que no regalarían un litro de vino al maestro, aunque les hubiera doctorado á los hijos en la Facultad de Filosofía y Letras, y le verían morir de hambre sin darle un Cristo á besar. Lo único bueno que había en el pueblo era el señor Bruna, uno de los dos maestros del Instituto Bocci, una escuela elemental privada, fundada con un legado de una señora, que había señalado también una cantidad para sostener en Turín á los alumnos más distinguidos que quisieran seguir los estudios. El señor Bruna tenía mil pesetas, la misa, casa y un huertecito; en resumidas cuentas, comía carne á diario y podía beber una copa de vino bueno en cada comida. Pero por lo que respecta á los otros... no era aquello vida de hombres.

—Pero ya—vociferó de pronto, levantándose y agitando el puño sobre la cabeza;—la culpa la tiene el cochino del diputado ***, que siempre que se propone alguna ley en beneficio de los maestros, se alborota y hace que se pongan enfrente los demás diputados. ¿No ha tenido la desfachatez de llamarnos, en plena cámara, caterva de pollinos, y ninguno de los cuarenta mil cobardones que somos, ha sido para arrancar la piel á ese bestia? ¡Todos por miedo de perder el puesto en el pesebre! ¡Todos bellacos, vendidos al que dirige lo mismo que mulas de reata!

Dicho esto, volvió á sentarse, tranquilizándose repentinamente, para decirle que en la escuela, después de haber estudiado todos los métodos, él seguía el método Lancasteriano y obtenía muy buenos resultados.

Por último, acometido de un sueño repentino, después de haber contestado con monosílabos y con los labios colgando á varias preguntas de Emilio con respecto al clima y á los precios de los comestibles, se despidió con un buen apretón de manos, y comenzó á andar con pasos no muy seguros ni muy iguales. Llegado que hubo á la puerta, volvió hacia atrás, y dijo con aire de desconfianza:

—Todo esto queda entre nosotros, por de contado. Y á una indicación afirmativa de Emilio, salió.

No bien había salido, cuando tornó á entrar sonriendo, con los ojos brillantes, y con la boca abierta, y acercándose otra vez al colega, le dijo en voz baja:

—Verá usted á la maestra Pedani...

Y besándose las puntas de los dedos con ademán cómico, levantó los ojos y las manos, como para enviar un beso á escondidas, y después se alejó, tropezando en una de las mesas.

LOS AIRES DEL PUEBLO

Las primeras impresiones que el maestro recibió, fueron agradables. Le gustó el pueblo, alegre, formado por una calle larga y serpenteante, desde cuya mitad se salía, á través de una callejuela muy corta, á una

plaza grande, irregular, en la que se hallaban: una parte cubierta para mercado, y en rededor, casitas de elegante aspecto, la Casa Consistorial, dos cafés y un teatro. Por el lado abierto de la plaza, la vista, dejando atrás los edificios de la calle adyacente, se extendía, sobre la llanura inmensa, hasta las últimas cimas azules de los Alpes marítimos. El pueblo, que, desde lejos, parecía oculto por un bosquecillo, extendiase por la falda de una colina, la última de una derivación de los Alpes Cozios, en el centro de un vasto plantío de viñedos, sembrado de casitas blancas y sombreado por largas hileras de morales. Había un paseo muy bien cuidado y muy lindo, en el que pareció á Ratti que aspiraba los aires de Turin.

Encontró el maestro una habitación conveniente en un extremo de la calle principal; era una casa entre urbana y rústica, propiedad del notario, que desempeñaba además la secretaría del Ayuntamiento. La casa estaba habitada en el piso bajo por una familia de campesinos; y en el piso de arriba, en el cuarto contiguo al suyo, vivía, en compañía de un hijo suyo, el guarda rural, negro como un beduino, y con una cara en que no se veía sino cejas y bigotes; este vecino le pidió desde la primera noche, tres números de la lotería, diciéndole que el guarda del Municipio de Stellani había ganado dos mil quinientas pesetas á un terno encontrado con arreglo á las indicaciones de un maestro recién llegado al pueblo, de los que aún tienen frescos sus estudios. Agradáronle, sin embargo, lo mismo éste que los otros vecinos, porque no le parecieron gentes capaces de expiar sus acciones, y estaban fuera de casa todo el día. Tampoco le desagradó, á primera vista, el alcalde, señor Lorsa, que lo recibió con muy pocas palabras, de una manera un tanto adusta, pero francota. Era terrateniente y además tratante en vinos; un hombrachón como de cincuenta y cinco á sesenta años, con cara y cuerpo de campesino; de ojos pequeños y severos, una nariz enorme, algo encorvada, y la boca arqueada y dura: el tal sujeto dejaba adivinar que había manejado la azada hasta muy adelantado en su juventud, y su traje mismo, aseado y curioso, demostraba su origen de labrador.

Cuando hubo medido con la vista al maestro, pareció que la persona de Emilio, débil, y con un no sé qué de elegante que el joven tenía en su conjunto, le inspiró escasa confianza; tal vez lo consideró como un jovencuelo un poco vanidoso y de escasa autoridad para maestro; pero sus modales respetuosos y su palabra lacónica modificaron ese juicio muy pronto. El alcalde mismo acompañó al maestro para que visitase la escuela, que se hallaba en la Casa de Villa, debajo precisamente de las oficinas de la alcaldía: era un salón cuadrado y bajo de techo, que servía también para fiestas y se utilizaba para el sorteo de los alistados en el ejército. Solamente había allí tres ó cuatro carteles de nomenclatura, muy viejos, señalados por los dedos de los alumnos; los bancos conservaban mal su equilibrio, y aún estaban sostenidos con cuerdas, y las paredes parecían pinturas de archipiélagos; pero había anchura y luz, y el maestro no quedó descontento.

Parecía deseoso de aventurar alguna observación acerca de la suciedad de las paredes; pero el alcalde se le adelantó, diciéndole con aire de indiferencia:

—Eso podría estar más limpio; pero, al cabo, aquí no han de venir hijos de marqueses.

LA MAESTRA ESPERADA

Las escuelas, á despecho del calendario escolar, no habían de abrirse hasta mitad de Octubre; Emilio tuvo, por lo tanto, tiempo más que suficiente para hacer todas sus visitas despacio. También allí, en los días primeros, tuvo la molestia inevitable de ver donde quiera ojos curiosos de muchachos y de padres que le tomaban la filiación, y de encontrar á cada instante personajes desconocidos que pasaban á su lado sin mirarlo, y se detenían diez pasos más allá para examinarlo de pies á cabeza. Pero afortunadamente para él, la curiosidad pública en los principales del pueblo estaba ocupada, en aquellos días, con la próxima

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

gada de una nueva maestra de segunda y tercera, cuyo puesto había sido abandonado espontáneamente por su predecesora, á consecuencia de un suceso extraño, por el cual habíase visto precisado á ausentarse también el teniente cura, joven, entusiasta por la música, y, desgraciadamente para él, tañedor de muchos instrumentos: un caso verdaderamente desgraciado, una maldita ráfaga de viento que, al tiempo de pasar por una senda solitaria varios camaradas alegres, había arrebatado cierta chocita de viñador, á cuya sombra el «padre de almas» y la «obrero de corazones» se ocupaban en resolver el importantísimo problema de conciliar la iglesia católica con la escuela nacional. Desdichadamente para ella, también la maestra que había de llegar de un momento á otro, andaba ya en lenguas, no sólo porque se sabía que era muy joven y principiante, y todos estaban impacientes, como sucede en casos análogos, de ver si era hermosa, elegante, sociable y sola, ó bien lo contrario de todo esto, sino también por otra razón de la cual habían de nacer para ella muchos disgustos. Pocos días después de la llegada de Emilio habían venido por el correo de Turín, y dirigidos á varias personas principales del pueblo, no indicadas por sus nombres, sino por los cargos ó las profesiones que ejercían, algunos ejemplares de un periodiquito literario, en el cual se contenía un trabajo de prosa poética, intitulado «La maestra joven», y firmado con el seudónimo «Violeta»; al lado de la firma aparecía escrito, con lapiz rojo y con letras muy gordas, el nombre de la maestra esperada: «Adelina Gamelli». A nadie le pasó por la cabeza que aquel envío pudiera ser una mala pasada discurrida y llevada á ejecución por una amiga envidiosa, con el propósito de poner en ridículo á la señorita Gamelli; todos pensaron que los periódicos los había remitido ella misma para dar una idea anticipada de lo que valía, y prepararse la celebridad literaria en el pueblo en que había de vivir.

El artículo, para colmo de males, se prestaba un poco á las burlas. Principiaba: «¿Quién es esa doncella suave, de aspecto severo, á la cual, á modo de cándidas margaritas en rededor de una rosa abierta

poco ha, forman tantas dulces niñas amorosa corona?» Y era todo él un idilio en prosa, dedicado á una maestra joven de un pueblo; una descripción ideal de la vida que ella esperaba, adornada desde el principio hasta el fin con imágenes, recuerdos de versos algo traídos por los cabellos y lleno de ese sentimentalismo escolástico que se apodera todavía de muchas jóvenes, á consecuencia del frecuente trato con florilegios poéticos y con novelas morales detestables, y tiñe con su falso color hasta los afectos más claros, y no ya sólo las manifestaciones, sino también los manantiales mismos de su pensamiento. Agréguese á todo esto que en el artículo, si bien se hablaba de un pueblo imaginario que debía de ser un paraíso, había el antiquísimo y repetido lugar común de la maestra «mensajera de civilización y de cultura», que dejaba sobreentender inocentemente: «en un pueblo que las necesitaba mucho.» Y para mayor desventura aún, había dentro del periódico una hoja volante que contenía en sendos medallones los retratos litográficos de las colaboradoras y de los colaboradores; entre los cuales se hallaba también el suyo, marcado. En todo esto, la malicia burlona del pueblecillo encontró pasto sabrosísimo é inagotable. La maestra fué bautizada en seguida con su apodo: «La Literata». Los periódicos rodaron por cien manos, pasando desde las tiendas y los cafés á las salitas casi desmanteladas, con oleografías y labores de aguja por todo adorno, y cada uno de los periodos de la escritora fué pinchado como acerico por alfileres, muy especialmente por las señoras, algunas de las cuales, que también se las echaban de literatas, hallaron en el artículo imitaciones evidentes de escritores conocidos, y hasta frases copiadas. Era, por consiguiente, una gran escritora aquella señorita Gamelli, y la pobre se hallaría en el pueblo como transplantada á un terreno árido que haría languidecer las flores de su ingenio. Diciendo estas cosas, creían de veras que aquella retórica tan mala era señal de un entendimiento vano, afectado y orgulloso, cuando en realidad no había allí más que algún defecto, acaso ligerísimo, agigantado y desfigurado en el espejo vicioso del estilo. Cuando la crítica se hubo desahogado

por todas partes, el artículo quedó reducido á un simple tema de burlas y chacota, que se reproducía á modo de estribillo en todas las conversaciones. Los agudos y los chistosos, cuando se encontraban por la calle ó charlaban con las señoras, decían de pronto:

—«¿Quién es esa suave doncella?»

Una extensa red de ridiculez estaba ya tendida y pronta á coger á la joven apenas entrase en el pueblo. Muchos, al pasar por delante de la casa en que ella había ya tomado, por carta, una habitacioncita, alzaban los ojos hacia las persianas y se sonreían.

UN CURA CONCILIADOR

También Emilio Ratti, cuando llegaron á sus oídos aquellas conversaciones, que le hicieron compadecer á la pobre víctima predestinada, sintióse al propio tiempo con gran curiosidad de verla y con deseo de advertirla, antes que nadie, de lo que en el pueblo la esperaba. En ella pensaba precisamente en la mañana del tercer día, cuando ponía el pie en el primer peldaño de la casa del cura, superintendente, á quien iba á visitar; cuando oyó primero rechinar de goznes y vió en seguida aparecer en lo alto de la escalera y bajar á su encuentro una señora con varios libros en la mano, que le obligó á permanecer clavado allí como encantado.

—Es la maestra nueva—pensó.

Y experimentó con gran viveza aquel grato estremecimiento que produce el encuentro de una mujer hermosa y sola en una escalera muy estrecha, principalmente si ella baja y su posición aumenta su estatura y descubre sus pies. Pero apenas tuvo tiempo para mirarla, porque la señora bajó con suma rapidez, tanto

que Emilio casi no vió su rostro y sí solamente un cuerpo admirable de mujer, bastante más alta que él,

«ancha de hombros y estrecha de cintura»

ceñida por su vestido como una amazona; uno de esos cuerpos vigorosos y ágiles, cuyo rostro no buscan los ojos al primer aspecto. La aparición fué tan instantánea, y tan rápida la bajada, que Emilio no tuvo tiempo de saludarla. Prosiguió, por lo tanto, subiendo con más lentitud y pensando con estupor en la incompatibilidad extraña que existía entre aquella persona tan arrogante y aquel artículo tan melindroso.

En lo mismo seguía pensando aún mientras conversaba con el cura, á quien encontró en una estancia reducidísima, sentado á una mesa muy grande, que llenaba la mitad del cuarto; encima de esta mesa había esparcidos en completo desorden, papeles, libros, ovillos de hilo, «La Unidad Católica» y «La Piamontesa», agujas de hacer calceta y retales de lienzo de la criada. El maestro llevó muy pronto la conversación al tema de la enseñanza religiosa, para ver si el cura pensaba inmiscuirse en cosas de la escuela, y qué intenciones abrigaba. Pero desde las primeras palabras comprendió que tendría el campo completamente libre. El párroco era uno de esos sacerdotes de quienes suele decirse en los pueblos pequeños que «están con Italia»; lo cual no es exacto sino á medias, porque están, por necesidad, con dos Italias; con la de los blancos y con la de los negros, y lo que es todavía más peregrino, se mantienen leales—ó poco menos—á los unos y á los otros. Tenía unos sesenta años; era un buen cristiano vulgar, cortés, muy cortés, con esa cortesía que más dulcemente halaga el amor propio, y que consiste en fingir que escuchamos con grandísima atención lo que nos dicen, y mucho más cuando nos hablan delante de otros. No obstante esa costumbre, era muy distraído; y como suelen ser los distraídos, de trato afable y asequible. Cuando joven, había sido un tragón famoso en la comarca. Y todavía era en la mesa, como vulgarmente se dice, muy buena tijera. Aceptaba de la colonia veraniega comidas de campo, y bromeaba con

todos, pero sin abandonarse demasiado, haciendo como que no escuchaba las conversaciones algo escabrosas. En lo que respecta á la política, poseía frases hechas, con las cuales salía de cualquier aprieto, dejando á todos satisfechos, que era lo que él más deseaba. Inmediatamente apeló con el maestro á una de esas fórmulas; á la que era su predilecta, con ocasión de los dos principios en que debía inspirarse su enseñanza.

—Religión—dijo, cogiéndose el dedo índice de la mano izquierda (dedo que extendió previamente) con el índice y el pulgar de la derecha,—y Patria,—cogiendo el dedo de en medio.

Después, juntando esos dos dedos ante el rostro de Emilio:

—Patria y Religión íntimamente unidas; íntimamente, siempre íntimamente.

Esto decía siempre; y cuando se veía constreñido á decir algo más, en ciertas discusiones particulares á que pretendían llevarlo por fuerza algunos estudiantes de la Universidad que iban á veranear al pueblo, armaba, con aire grave y bonachón, tal galimatías de palabras huecas, que nadie podía comprender maldita la cosa. Si insistían para que las explicase mejor, se enojaba. Todos le querían. Los estudiantes le nombraban: «el patriota evasivo». Algunas noches de verano iban á darle serenata bajo sus ventanas y le obligaban á dejar el lecho, gritándole desde la calle, remedando sus actitudes habituales con los dedos:

«Barberá y Grinolino (sus dos vinos predilectos), íntimamente unidos—íntimamente—siempre íntimamente.»

Hasta que el cura les invitaba para que subiesen á beber. Al despedirse de él supo Emilio que la señorita á quien había encontrado en la escalera no era la maestra nueva, sino la que ya estaba en el pueblo hacía tres años, y de quien le había hablado su compañero Reale besándose los dedos: María Pedani.

LA SEÑORITA PEDANI

Presentáronle á ella aquel mismo día en las oficinas del Ayuntamiento, á las que Emilio había ido para pedir la lista de los niños legalmente obligados á concurrir á la escuela; lista que, con gran extrañeza del maestro, aún no estaba hecha. También allí encontró Emilio al señor delegado de escuelas, la primera cara verdaderamente desagradable que hasta entonces había visto en el pueblo: un hombrecillo de pelo rojo entrecano, con un gorro de forma extraña y de color verde en la cabeza, y un rostro amarillo y áspero, que parecía que estaba mascando arsénico; era, por añadidura, algo tartamudo y llevaba unas antiparras muy relucientes, bajo las cuales no había manera de encontrar las pupilas del individuo. Pero la atención toda del maestro se consagró á la señorita Pedani; un cuerpo verdaderamente maravilloso, al cual no correspondía la cara, que era excesivamente larga, ni la nariz, un poco aplastada por una parte, ni su expresión fría, por no decir dura; pero, podía afirmarse, era tal la hermosura del cuerpo, que su rostro no le hacía perder nada. No podía tener más de veintitrés á veinticuatro años. Recordaba á Emilio una figura de guerrera, con yelmo y coraza, que él había visto, siendo muchacho aún, en un barracón de esculturas de cera. Decía la maestra al alcalde no sé qué sobre el «anuncio de inscripción» para sus alumnas; y en su voz firme estallaban de cuando en cuando algunas notas roncadas de muchacho que ha llegado á la pubertad. Se despidió, saludando á Ratti sin sonreír. Saliendo muy poco después Emilio, la vió atravesar la plaza y se fijó en que tenía el paso demasiado largo, pero llevaba el busto y la cabeza como una emperatriz. Cuando la señorita Pedani pasó por delante de la botica, observó el maestro que tres ó cuatro caballeros se quitaban respetuosamente el sombrero y la seguían

un rato con los ojos. A una ventana de cierta casa de la plaza habíase asomado el jefe de los carabineros, que también la miraba. La maestra dió vuelta á la esquina con un brusco movimiento de «flanco derecho».

Mientras se dirigía á su casa, pensaba Emilio en aquellos hombros anchísimos de guerrera, y se preguntó si no habría llegado el momento oportuno de escribir al abogado Samis que por fin había encontrado en un pueblo una maestra hermosa y respetada. Pero á que lograrse aquel respeto habían concurrido varias causas excepcionales, y concurría también su carácter singularísimo. La señorita Pedani había llegado, como ya se ha dicho, tres años antes á Camina, precedida por el rumor de una aventura bastante extraña que le había ocurrido en Lombardía. Por el Provisor de estudios en Pavia había sido destinada «oficialmente» para substituir á una maestra, escapada poco antes de un Municipio casi insignificante y cuyo reconocimiento como tal aún se hallaba en tramitación. Aunque por esta causa el pueblo estaba segregado de «los partidos», sus vecinos habíanse mostrado unánimes en considerar como ofensivo á su dignidad el hecho de enviar una maestra no elegida por ellos, y habían recibido muy descortésmente, por esta razón, á la hermosa joven, haciéndole comprender de un modo muy claro que no la querían. Pero como ella se mantuviese firme, sin temor, y contestase con altivez á las primeras provocaciones, habían principiado á escribirle insolencias y obscenidades en las tapias, y después á decirselas de viva voz, y, por último, había ido una turba á darle una cencerrada tal bajo su ventana, que la maestra se había visto precisada á huir. Pero el Provisor, que estaba resuelto á sacar victorioso el principio de autoridad, solicitó y obtuvo del Gobernador el auxilio de la fuerza, y persuadió á la maestra á que volviese á su puesto; había sido, por consiguiente, la joven llevada, nuevamente al pueblo, pero en carroza y escoltada por una compañía de «bersaglieri». Esta fuerza había colocado marcialmente á la maestra en su escuela y había permanecido en el pueblo cuarenta horas, á expensas del Municipio. Terminados así los desórdenes y reducidas á la razón

las autoridades, al cabo de unos quince días la joven había solicitado otra colocación y había sido enviada á Camina. En este pueblo, un mes después de haber llegado la maestra, estalló cierta noche un incendio en una casa de colonos fuera del pueblo. María Pedani había acudido en los primeros momentos, y en medio de los campesinos aterrados, que no acertaban á hacer otra cosa que correr y gritar, había dado consejos y órdenes oportunos y útiles, encauzado los trabajos de extinción, ofrecido raro ejemplo de serenidad, de sangre fría y de valor, hasta que acudió de la ciudad más próxima, reclamado telegráficamente, un pelotón de infantería al mando de un teniente, que, al ver en la faena aquella hermosísima mujer con las faldas recogidas y con un palo en la mano, inflamado por ardor militar, había intentado darle un beso y había logrado recoger una paliza.

Todas estas glorias, agregadas á la hermosa presencia de María Pedani, habían producido en el vecindario pasiones ardientes, verdaderas persecuciones amorosas, cartas, declaraciones temerarias, disparadas á quemarropa en medio de la calle. Pero como la maestra hubiese comenzado por arrojar á la calle por la ventana las primeras cartas, abiertas ya y completas, y por enviar á paseo á los que verbalmente se le declaraban; y como al obrar así hacía demostraciones de fastidio y de aburrimiento que matan el amor con la herida causada al orgullo, al cabo de muy poco tiempo la habían dejado en paz. Tampoco podían los ofendidos buscar en la maledicencia su venganza, porque María no tenía sobre el particular punto alguno vulnerable. Era un carácter varonil y seco, que se manifestaba muy especialmente en la escuela, en la cual la maestra proscibía toda ternura, no hablando nunca á sus discípulas sino de ejemplos de actos vigorosos y heroicos de mujeres célebres y demostrando su aversión á todo lo que fuese dulcedumbre, hasta el extremo de tener declarada guerra á muerte á los diminutivos cariñosos y de pretender que sus alumnas firmasen «Catera», «Carola», «Josefa», y no Catalina, Carolina y Josefina. Nada de esto hacía la maestra con pasión ni en virtud de un enardecimiento de la fantasía; an-

tes por el contrario, con tranquila perseverancia, demostrando siempre que aquellas teorías tenían su fuente en el fondo de su misma naturaleza y de la propia razón, y que educaba á las niñas de aquel modo, en la completa certidumbre de que trabajaba en provecho de las mismas. Practicaba, pues, convencida y enérgica, la gimnasia educativa, y además de los ejercicios en los bancos, hacía que sus alumnas ejecutasen el de la lucha en un patio reducido, en el cual unas cuantas niñas debían asaltar una especie de alturita de aquel terreno y lanzar de ella á las otras, y ser luego atacadas y lanzadas á su vez; estaba suscrita á dos publicaciones gimnásticas de Turín y de Venecia, y en su cuarto se ejercitaba con pesa y palancas, y en vacaciones trepaba á todas las montañas contiguas, con su bastón de alpinista, acompañada solamente por una campesina que le llevaba alguna muda de ropa y los alimentos. Á esta idea de vida espartana se ajustaba en todo, hasta en su casa, donde no tenía más que lo estrictamente necesario, en lo cual incluía una cama en forma de hamaca, de veinticinco pesetas, y un espejillo de un palmo de largo; y en sus trajes, que le estaban siempre pintados, pero que eran más que modestos. El solo refinamiento de su tocado (una costumbre de su adolescencia) eran dos rizos que le caían sobre la frente; pero no siempre se acordaba de hacerse los, y algunas veces, con las prisas, solía rizárselos con el mango de la badila. No era insociable, sin embargo; alternaba con las señoras del pueblo, las cuales, luego que hubieron pasado los celos de sus primeras conquistas, y observada que fué en ella la carencia absoluta de coquetería femenil, la buscaban por su carácter original, que cada día parecía más nuevo; pero en sociedad hablaba poco y escuchaba menos, como si pensase en algo extraño. Esta era la explicación que daban muchos á la «invulnerabilidad» de la maestra: debía de tener algún amante lejano con quien estuviese ya fijado irremisiblemente su matrimonio, y ser ella una de aquellas almas prudentes é inertes que van acumulando el sentimiento para ocasión dada, y que estallan de pronto con estallido formidable. Creían otros, por el contrario, que la señorita

Pedani era, por naturaleza, refractaria al amor; ni aún lograban figurarse en aquella hembra el amor sino como una enfermedad que perturbaría el equilibrio de su hermoso organismo sólido y sano. Pero habiendo llegado de Lombardía, nada de cierto pudo saberse con respecto á ella, sino que había muerto su padre, médico militar de Brescia, y además se creía que estaba preparándose secretamente para el concurso á una plaza de Turín. Pero esto no quiere decir que las pasiones, si bien contenidas por el respeto, se hubieran extinguido; muchas vivían aún, y muy ardientes, en los que, como el recaudador y el médico, se vengaban de su derrota remedando el paso largo y la varonil voz de la maestra. Cuando ésta pasaba por delante del café ó de la botica, después de los saludos con el sombrero, lanzaban como serpientes á su talle gentil prolongadísimas miradas y ocurriéndoseles, con respecto á sus hombros, comentarios indecibles. Pero las cartas, las declaraciones cara á cara, habían cesado para siempre. Al maestro Reale, porque una vez, estando algo alegre, había juntado ambas manos delante de la joven en la calle, dióle tal reprimenda el alcalde, que no se atrevió á chancearse en lo sucesivo. El único francamente enamorado que se atrevía á seguir los pasos de la joven, si bien á la debida distancia, torturándose los mostachos y las uñas, y que al pasar por delante de la escuela se desojaba mirando, si oía la voz de la maestra, era el jefe de los carabineros, un buen mozo, grueso, ahorcado en una casaca muy estrecha, que le enflaquecía un poco. Viendo cómo la miraba, habríase dicho:

—Ahora la arresta.

La buena sociedad de Camina se divertía con estas niñerías, siempre con el respeto debido, por de contado.

EL ALCALDE SEÑOR LORSA

Todas estas cosas que el maestro oyó decir poco á poco, y escuchó con viva curiosidad en los primeros días, no impidieron que Emilio pensara en la lentitud inexplicable con que se hacía la lista de los obligados legalmente á concurrir á la escuela, lentitud que le parecía de muy mal agüero. Emilio había llegado á Camina con excelentes propósitos: ¿habría dado de veras, como le había dicho su colega borracho, con un pueblo en el que debería combatir contra la malquerencia de autoridades, no ya sólo indiferentes para las escuelas, sino contrarias á ellas? Para salir de esta penosa incertidumbre determinó visitar al alcalde y suplicarle de un modo indirecto, ofreciéndose él mismo á formar las listas.

El alcalde se manifestó molestado por aquel ofrecimiento. Recibió en pie al maestro, dando vueltas entre sus manazas á una pipa vacía, de madera; próximo á la mesa de las sesiones, encima de la cual los «Boletines oficiales» de la provincia formaban una torre. Dióle muchas gracias; pero no se había menester de su cooperación.

—La haremos sin usted...—dijo;—á su debido tiempo... antes de fin de mes.

El maestro, con los mayores miramientos, manifestó la conveniencia de tener la lista al abrirse la escuela para comenzar regularmente.

—Se comenzará regularmente de todos modos—respondió el alcalde.—No se hundirá el mundo porque falte la lista. Tenemos ahora muchísimas cosas...

—Lo decía yo—replicó el maestro,—para poder, desde el principio, proceder contra los padres de los que no asistan...; porque si se procede pronto, como usted sabe, produce más efecto.

El alcalde permaneció silencioso un momento.

—Los que faltan, los padres...—dijo por último;—

ya veremos, ya veremos. Todos ustedes tienen una misma manía... Comprendo la ley...; pero no se arruinará Italia porque algún muchacho tarde una semana en ir á la escuela.

El maestro lo miró estupefacto; y á este primer estupor uniósese otro cuando, fijando sus miradas en la torre formada por aquellos «Boletines oficiales» que contenían las circulares y los reglamentos relativos á la enseñanza que el Gobierno remite á los alcaldes, echó de ver que las hojas estaban sin cortar todavía.

—Pero—dijo Ratti procurando disimular,—usted sabe que cuando los niños pierden las primeras lecciones, se necesita luego doble trabajo para ponerlos al corriente, y se perjudica además á todos los otros.

—¡Por Dios y por todos los Santos!—exclamó el alcalde, encogiéndose de hombros y poniéndose á pasear por la habitación. Todos ustedes son lo mismo... Se figuran que con cuatro lecciones van á poner al mundo ropa nueva. Yo tengo mis ideas. Digo: instruir, bien está... Pero no vayamos á pensar que un hombre no puede ser hombre sin eso. Quiero decir que... usted ¡es claro! como es maestro, es muy natural que piense de distinto modo.

Y después de una pausa, como si obedeciese á una inspiración repentina:

—¿Ve usted esos árboles?—le dijo con el tono de quien pretende persuadir chanceándose (y le señaló los álamos que se alzaban sobre los edificios del lado opuesto de la plaza):—han llegado á ser altos, corpulentos, y no han ido nunca á la escuela.

Emilio miró los álamos, y no contestó.

—Es un decir—se apresuró á agregar el alcalde para atenuar la mala impresión de sus palabras;—es una idea mía. Además, ya se proveerá en eso de la lista.

Y para complacer al maestro le dijo que había dado orden para que pusieran dos cristales que en la escuela faltaban.

—¿Le ocurre á usted alguna otra cosa?

En realidad á Emilio ninguna otra cosa le ocurría; salió, pues, descorazonado y viendo ya los bancos de la escuela casi vacíos, la enseñanza embrollada, al inspector descontento. Apoderóse del joven al propio

tiempo otro sentimiento: una curiosidad viva de cómo podía explicarse que hombres nacidos en las más humildes capas del pueblo, y que habían subido, conquistando su bienestar, á una clase superior, no solamente no fuesen apasionados propagadores de la instrucción de la clase de que ellos procedían, sino que cuando se hacían dueños del poder en el Municipio, la combatiesen. Emilio Ratti no sabía, á la sazón, explicarse aquello sino por una repugnancia natural que los tales sintieran en tratar de asuntos que desconocían, y en los que, como era consiguiente, habían de recibir lecciones de todos. El joven no tenía aún bastante experiencia del mundo para descubrir por sí mismo las verdaderas razones, que eran completamente distintas de las que él imaginaba. El alcalde de Camina, como muchos otros, era uno de aquellos ambiciosos engrandecidos, en quienes existe un oculto deseo de mantener muy baja en la estimación pública la clase sobre la cual ellos han logrado elevarse; primeramente para que su elevación parezca mayor y debida á rarísimos merecimientos propios, á lo cual se une un sincero desprecio hacia la cultura de que carecen. Desprecio que fundan en que habiendo hecho fortuna sin ella, la conceptúan inútil, y en que creen de veras que la cultura debilita y extravía las facultades sencillas y rudas con que ellos han triunfado; aborrecenla, sobre todo, porque la estimación escasa que, á su modo de ver, les concede el mundo, nace de la comparación con los que la poseen. Al alcalde señor Lorsa, uno de esos que han sabido á fuerza de ingenio natural y á fuerza de constancia de hierro, elevarse después de cuarenta años de trabajo y de producción, parecíanle ridiculeces todos aquellos «tiquis-miquis» gramaticales, aquella agronomía literaria, aquel laberinto de conocimientos generales y abstractos, en cuyo nombre tantas cosas se prometían á los niños nacidos en su condición. De los centenares de muchachos que habían ido á la escuela en su pueblo desde que surgiera aquella fiebre por la instrucción pública, no había visto uno solo que hubiera conseguido nada de extraordinario; y éste era su argumento Aquiles. Inepto para comprender los lejanos efectos de la acumulación lenta

de los conocimientos y de las ideas de generación en generación y del continuo perfeccionamiento de las facultades intelectuales heredadas y transmitidas; buscando solamente frutos inmediatos y palpables; creía que éstos no compensaban las molestias que la escuela ocasionaba á las autoridades, la perturbación que producía en las familias, y lo mucho que todo esto le enfurecía. Parecíale, además, una verdadera engañifa. En su concepto, inspectores, provisosores, programas, premios, discursos... eran charlatanes y garrulería. Lo creía así de buena fe. Manteníale muy particularmente en estas ideas la experiencia de sus propios hijos, á dos de los cuales, los mayores, había dedicado á los estudios cuando sobrevino su primer cambio de fortuna, realizando para ello grandes sacrificios. El mayor, que había llegado hasta el tercer año de segunda enseñanza en Turín, dejó plantados de repente el latín y el italiano para colocarse de dependiente en una confitería. El segundo, que había llegado á ser empleado en Correos y alternaba ya en la sociedad elegante, habíale herido en el alma, le había ofendido, en sus breves viajes al pueblo, con una burla desdeñosa de la casa paterna, de su origen, de su vida...; hasta tal punto, que estaban disgustados á muerte hijo y padre. Con estos dos hechos había cobrado un aborrecimiento tal á los estudios, que estaba resuelto á dejar en el campo á su hijo tercero, habido en las segundas nupcias, el cual, por su parte, mostraba tener á la escuela la misma afición que al cementerio. Como algún tiempo después leyese en un periódico cierto párrafo de una Memoria escrita por un Provisor, en que se decía: «La escuela elemental en Italia, hechas las debidas salvedades, no educa á los niños, los instruye poco, despierta ambiciones prematuras, y no inspira amor al trabajo», aquella sentencia se le había quedado fija en el cerebro como la respuesta de un oráculo, y sobre ella había estado siempre revolviendo y apretando el hilo de sus ideas antiguas hasta formar con ellas un nudo que ninguna fuerza ni agudeza de razonamiento contrario podrían deshacer nunca. Cuando se promulgó la ley de la instrucción obligatoria, Lorsa, alcalde ya, habíala recibido encogiéndose de hombros,

Las listas de los alumnos legalmente obligados nunca se hallaba terminada sino hacia los últimos días del año académico; los apercibimientos á los padres se enviaban—cuando se enviaban—con un retraso ridículo de quince días; de multas, nadie había hablado, nunca; y el desacuerdo entre el alcalde y el maestro anterior, que al cabo se había visto obligado á dejar el pueblo, solamente de esto había nacido: que el maestro se negó á cumplir una orden del alcalde de no levantar acta de las faltas de los alumnos, ó de levantarla justificando esas faltas y de declarar ausentes del pueblo ó fallecidos á los que, después de tres ó cuatro meses, no se hubiesen presentado en la escuela. La aversión á la escuela habíase exasperado naturalmente en el alcalde en aquella lucha, á tal extremo, que cierto día, habiendo visto en manos de un criadillo suyo un libro titulado «El agricultor instruído», se lo había arrancado de las manos y lo había arrojado por la ventana.

LOS ESCOLARES CAMINENSES

No obstante este primer desengaño, Emilio fortaleció su espíritu pensando que, al fin y á la postre, el alcalde podría infringir la ley y dejarle vacía media escuela, pero no impedirle que se dedicase con cariño al reducido número de discípulos asiduos y de buena voluntad que no habían de faltarle. Saludó, pues, con gozo el día primero de clase. Los alumnos inscritos voluntariamente eran cuarenta y ocho, de los cuales había presentes cuarenta y dos, veinticinco de segunda y diez y siete de tercera: la acostumbrada mayoría de campesinos con aquellas cerdas amarillentas y aquellas carnes curtidas por el sol; pero carillas inteligentes y avispadas de montañeses, á las que hacían más simpáticas la curiosidad que despertaba el maestro nuevo y la intención manifiesta de agradarle, en la

cual vislumbraba Emilio la esperanza de hallar un corazón bueno y una voluntad dócil. Solamente dos cosas turbaron aquella buena impresión. Habiendo leído entre los inscritos el apellido Lorsa, y preguntado al muchacho allí presente si era el hijo del alcalde, el chico respondió que sí; Emilio habría celebrado mucho no tenerle. Después, como no lograrse descifrar otro apellido de la lista, se levantó un muchacho de pelo rojo que dijo su nombre, y dijo además que era el hijo del delegado de escuelas; representóse al maestro la imagen desagradable de aquel rostro amarillo, con aquellas gafas que había visto en el Ayuntamiento, y también habría el joven regalado de muy buena gana este alumno á cualquiera.

Principió, pues, la escuela tornando á su antiguo procedimiento de la bondad y de la paciencia, tanto más decidido á perseverar en él con todas sus fuerzas, cuanto más profundamente creía que si esta vez el ensayo no daba frutos, no volvería á intentarlo: ilusiones habituales en los jóvenes, que no se figuran cuántas veces en el curso de nuestra existencia el predominio de la propia naturaleza torna á llevarnos por caminos de los que habíamos huído. Amonestar cariñosamente, sin ofender nunca el sentimiento de la dignidad; razonar, aconsejar, intentar todos los medios de obtener el afecto, y cuando la paciencia estuviera para marcharse, detenerla con un esfuerzo y volver á empezar: tal era su programa. No había—ó á Emilio no le pareció reconocer—entre sus escolares ninguno de esos caracteres malvados y aviesos con quienes la indulgencia es imposible, y que hace muy dificultoso el emplearla con los demás. Los unos, acostumbrados al maestro que se había ido del pueblo, y que era frío y muy severo; los otros, al maestro señor Reale, que era caprichoso y violento, quedaron asombrados con aquel sistema nuevo, y, al principio, su asombro mismo túvolos en guardia, como si presintiendo allá en su fuero interno que aquello no podía durar, permanecieran quietos esperando algún cambio repentino. Cuando Emilio se aproximaba lentamente á un alumno que esperaba un golpe ó ser expulsado, y poniéndole la mano en el hombro comenzaba á razo-

nar con gravedad y con dulzura, los otros se miraban alternativamente con los ojos muy abiertos y con una sonrisa curiosa, como para preguntarse:—«¿Pero qué hombre tan extraño es éste?»—Aquel proceder los desconcertaba. Confusamente adivinaban bajo aquella mansedumbre una voluntad firme, que sabría evitar todo abuso; y la contracción dolorosa que aparecía en su rostro cuando alguno le ponía próximo á faltar á sus propósitos, precisamente porque no comprendían los alumnos los pensamientos que expresaba, les imponía tanto como un acto de cólera; ó más que eso. Emilio, por su parte, animado aún con su nueva idea y satisfecho por no hallar obstáculos, tenía la palabra fácil y ardiente, hallaba argumentos é imágenes adecuadas para conmover y persuadir, y aún le parecía que hasta su voz misma se le había prestado también para aquella tarea. Transcurridos muy pocos días, se fijó en diez ó doce alumnos que por la atención tranquila que prestaban á las explicaciones y por las simpatías que involuntariamente manifestaban, ora con los ojos, ora con los movimientos de la cabeza, hacían evidentes los buenos efectos de su sistema. Había, entre otros, un hijo del guarda rural, una cara de bribonzuelo exuberante de vida, que no podía estarse quieto; este chiquillo, siempre que el maestro, con su voz dulce y cariñosa, decía algo afectuoso, algo poético, tenía el singular vicio de fingir que no le importaba, ó de mirar al techo con sonrisa forzada, para demostrar que aquellas palabras no le causaban impresión. Pero Ratti, que en esto tenía ya bastante perspicacia, no se dejaba engañar por las apariencias; antes por el contrario, se confirmaba en su opinión de que no conviene creer siempre en la aparente insensibilidad de corazón de los niños, muchos de los cuales esconden ya, como los hombres, sus emociones por una mala vergüenza. A la verdad, la mayor parte permanecían duros como peñascos; observó asimismo que algunos, cuando vibraba la cuerda del afecto, se tocaban con los codos y se dirigían guiños, como si se dijeran unos á otros:—«Ya está echando el sermón.»—Pero eran signos pasajeros que no perturbaban la clase. Alegrábase muy particularmente Emilio conociendo que el hijo del

delegado, un niño que al principio le había causado malísimo efecto, era completamente distinto de lo que él, por su parecido al padre, había imaginado que fuese. De día en día, en aquella carita pálida, en sus maneras y en las contestaciones que daba en la escuela, iba manifestándose, bajo la influencia de la simpatía al maestro, un buen corazón, no solamente capaz sino hasta codicioso de cariño. Aún le habría tratado Emilio Ratti con mayores miramientos si hubiera sabido en qué se originaban aquella necesidad de cariño y aquella mirada tímida y pensativa del muchacho. El padre de éste, boticario retirado, gravemente enfermo del hígado, y la madre, un diablo desencadenado de mujer, que tenía arranques de locura; el uno avaro, disipadora la otra, andaban siempre en dimes y diretes desde la mañana hasta la noche; alborotábanse muy á menudo, tirándose á la cabeza cuanto podían hallar á las manos; y hasta tal extremo se llevaban mal, que los vecinos de la casa, acudiendo á los gritos, encontrábanlos muchas veces á los dos arrojando sangre: él, con los anteojos rotos; ella, con las trenzas deshechas. Y necesitaban separarlos á viva fuerza, en tanto que ellos proseguían cambiando entre sí vituperios y maldiciones. El pobre niño había crecido en medio de aquellas batallas de los autores de sus días, oyéndoles hablar frecuentemente de separación ó de suicidio y echarse en cara alternativamente cosas abominables, y sólo había salido de aquella casa de escándalo y de espanto, en la cual ninguno le quería, para verse bajo el poder de un maestro borracho, y después en la escuela de otro, digno, pero sin dulzura alguna. La del maestro nuevo era la primera voz cariñosa que le llegaba al alma, haciéndole comprender lo que hasta entonces le había faltado. Por eso le quería. Pronto lo echó de ver Emilio, y aquel afecto que le manifestaba el hijo de un hombre en quien, no sé por qué instinto, adivinaba el maestro un enemigo futuro, contribuyó desde los primeros días á facilitarle la realización de su ideal en la enseñanza.

LA LITERATA

Entre tanto había llegado y comenzado sus lecciones en la escuela la maestra nueva. Entró en Camina una tarde en la diligencia, con una tía suya, pequeña y jorobada; cinco ó seis muchachillas del campo habían anunciado su entrada en el pueblo corriendo delante del tiro del carruaje, y gritando en todas las puertas:

—¡La maestra nueva! ¡La maestra nueva!

La primera impresión que produjo en el pueblo, no fué mala. La señorita Gamelli era persona graciosa, de poca estatura, un poco escasa de todo, con dos ojazos húmedos que habrían parecido mejor en una cabeza menos abultada, y con sombra ligerísima de bozo en el labio superior; sombra que, entre paréntesis, le sentaba muy bien. Durante dos días no se habló de otra cosa.

—Ha llegado la «suave doncella».

—Ya ha venido «la literata».

—¿Quién ha visto á «la literata?»

Quién la llamaba bonita; quién fea; cuál ni lo uno ni lo otro; encontrábanla los unos demasiado delgada; los otros, vestida «muy poéticamente». Algunos que al pasar la habían visto detrás de las persianas, decían de la recién venida que se daba «tono». Como había llegado al pueblo en sábado, una gran parte de la «buena sociedad» masculina de Camina fué adrede, á la mañana siguiente, para esperar á la forastera en la iglesia cuando tocaran á misa mayor; allí había también, con igual propósito, algunas señoras. Pero la maestra no pareció. Alguien dijo que la había visto en la misa rezada de las cinco; pero otros negaban que la maestra hubiese oído misa.

—Estas literatas—decían,—están emancipadas; no creen en Dios ni en el diablo.

Llegaron después las opiniones y los juicios de los

primeros que la hablaron. Aquí principiaron las censuras. Verdaderamente aquella señorita llevaba en sí misma el reflejo de los defectos de su estilo; casi nada, un poco de afectación en los gestos y en el lenguaje: miraba muy á menudo al cielo ó al techo de la habitación; y además de emplear de vez en cuando, traída por los cabellos, alguna frase escogida, y de exagerar afectadamente el acento toscano, tenía la debilidad, cuando hablaba, de fingir distracciones, á manera de olvidos repentinos de la conversación por ideas que de pronto la ocurrían. En el fondo su afectación no era sino uno de esos artificios inocentes de vanidad juvenil, de los cuales en las grandes ciudades, donde todos recitan, nadie se cuida, y que acaso también en Camina se hubiese perdonado á cualquiera otra; pero, desgraciadamente para la señorita Gamelli, existía el precedente de haber enviado (según allí creían) los documentos de su celebridad; la suspicacia, por consiguiente, agigantó el defecto, y la burlona maledicencia del pueblo comenzó en seguida á hacer en la persona de la maestra el mismo destrozo que había hecho en su prosa.

En un principio la pobre muchacha nada echó de ver. Tenía veintiún años. Era el tipo de esas maestritas de la Arcadia que, á pesar de cuanto una principiante puede saber acerca de la realidad por los periódicos profesionales, ó por noticias de algunas compañeras experimentadas ó perspicaces, llegan al «pueblecillo ameno» con ilusiones infantiles de encontrar allí una joyita por escuela; niñas cándidas, cuyas madres serán sus amigas; autoridades respetuosas y corteses que las ayudarán á dar colorido á sus proyectos de fundar premios ó de bibliotecas de educación; una vecindad de campesinas excelentes, parecida á la que hay en los libros de lectura, para las cuales serán las maestras á modo de castellanas de la inteligencia, rodeadas siempre de cariñosa consideración. Pues bien: gran parte de estas ilusiones viólas destruidas la pobre señorita Gamelli violenta y brutalmente. La escuela se hallaba en el piso primero de cierta casucha medio derruida, sita en un callejón que desembocaba en el campo, y en cuyo piso bajo había una hostería... afor-